

**EL HOMBRE QUE
BUSCABA LA LLUVIA**

(PEDRO URIS, 2006)

Aunque el tiempo había borrado casi por completo los contornos del anagrama que lucía el luminoso del único hotel de aquel pueblo situado en el último valle de las montañas, la mujer reconoció sin dificultad las líneas incompletas que aparecían en el fragmento de tarjeta, aproximadamente un tercio del original, que había llevado consigo durante los últimos meses.

La mujer descendió del coche consciente de que el diámetro de la pequeña plaza mayor de aquel pueblo era la distancia que le separaba de la herencia de un hombre al que no había visto nunca. Mientras caminaba en dirección al hotel que se encontraba en el otro extremo, la mujer comprendió, sorprendentemente por primera vez, que el camino que había recorrido formaba parte de un laberinto cuya única salida era la puerta que ahora se disponía a cruzar.

El interior del hotel respiraba el mismo aire de abandono que sugería el luminoso que tenía en su fachada. Un pequeño mostrador y tres mesas situadas junto a las ventanas que había enfrente. Un hombre de unos sesenta años de edad estaba sirviendo un generoso desayuno a un par de jóvenes que tenían la montaña escrita en sus rostros. El hombre la miró durante unos instantes y después regresó a los platos de su bandeja para continuar depositándolos con parsimonia sobre la mesa. La mujer se acercó al mostrador y buscó en su bolso la tarjeta rasgada que, a juzgar por la parte del anagrama que conservaba, parecía corresponder a aquel hotel. Cuando el hombre regresó al mostrador con gesto interrogante, la mujer dudó un momento, como si todavía creyera que era capaz de decidir su próximo movimiento, como si no supiera que no tenía otra alternativa si deseaba salir del laberinto en que se encontraba. La mujer dejó sobre el mostrador la tarjeta rota que había encontrado en su bolso.

- Busco este hotel.

El hombre miró sorprendido el pedazo de cartulina, pero pronto su extrañeza dejó paso a una sonrisa cómplice.

- Vaya, ya creía que no vendría nunca, que se trataba de una absurda broma.
¿Eres Vanesa?

- Sí, mintió la mujer. ¿Es éste el hotel?

- Claro, ¿cómo iba a conocer tu nombre si no?

El verdadero nombre de la mujer era Nuria, aunque en su descargo hay que decir que no sólo conocía a Vanesa sino que, en cierto modo, estaba actuando en su nombre. Una autorización que había recibido el último día de clase del curso en el que Nuria impartía una disciplina de la filosofía. En esa clase, como sucedía en todos los epílogos de curso que había dictado, se había saltado el guión de la asignatura y había especulado sobre un tema tan intangible como la herencia entre las generaciones. Entre la generación que ya ha cubierto el camino y la que ahora se dispone a comenzar, entre una generación celosa de preservar lo que ha construido y otra ávida de construir por sí misma, de hacer tabla rasa de las enseñanzas de sus mayores. Aunque Nuria sabía que esta contradicción era el modo que había elegido la historia para avanzar, pretendía transmitir a sus alumnos que siempre existía un porcentaje, mínimo o máximo, que una generación tomaba prestado de su precedente.

La novedad, casi el juego, que Nuria les proponía en esta clase era concretar esta herencia en cada uno de ellos individualmente, así que tras una breve introducción, había invitado a sus alumnos a indagar si ya habían recibido esa herencia o si conocían a la persona a la que se la iban a reclamar. La participación había sido más entusiasta de lo que había previsto, y no había faltado el alumno que le había interrogado a ella sobre las circunstancias concretas de la herencia recibida. Una pregunta para la que, por

supuesto, ya llevaba la respuesta preparada, aunque se ajustara tan poco a la realidad que casi era pura invención. Más imprevista había sido, en cambio, la pregunta de otra alumna que deseaba saber si Nuria ya tenía dispuesta la herencia que pretendía transmitir, y, aunque había salido airoso de la cuestión, al señalar a sus clases y a ellos mismos como su pequeña aportación al tránsito entre generaciones, Nuria era consciente de que nuevamente estaba haciendo trampa, ya que carecía de respuesta para esa pregunta.

Nuria se acercaba a los cincuenta años de edad y ya hacía algunos que vivía sola. Sus parejas, incluido el padre de su única hija, habían aparecido y desaparecido de su vida hasta que llegó un momento que prefirió no compartir los ochenta metros cuadrados que tenía alquilados en el corazón de la ciudad. Su hija se había marchado hacía cinco años y su relación con ella, que nunca fue lo cómplice que ahora hubiera deseado, se limitaba a periódicas llamadas telefónicas y a unos desapasionados encuentros que cada vez se espaciaban más. ¿Qué le había legado ella a su hija? Para evitar el dolor que la previsible ausencia de respuesta a esa pregunta podría provocarle, Nuria recuperó el discurso racional que le había ayudado a superar las dudas y los momentos de crisis que había tenido en su vida. Sólo era una clase que había dado a sus alumnos, simples especulaciones teóricas para mantenerles despierto el espíritu. No se trataba de cosas que se pudieran encontrar en el mundo real, al menos no en su mundo real. Entonces sonó el timbre de la puerta.

La chica que se movía dubitativa entre el diseño del salón del domicilio de Nuria, sin terminar de decidirse a revelarle el motivo de su visita, era Vanesa, una de sus alumnas. Una chica que había superado discretamente las pruebas académicas y con la que apenas había tenido relación. Tras unas frases referidas a las acogedoras

condiciones del apartamento, Vanesa sacó un sobre de su cartera de mano y lo dejó sobre la mesa.

- Es una herencia, como las que has mencionado en clase.

Nuria miró el sobre sin comprender a qué se refería su alumna.

- Yo no voy a ir a buscarla, continuó Vanesa.

- ¿Qué quieres decir?

Vanesa se dio cuenta de lo desordenado e inoportuno de su comportamiento y miró avergonzada a su profesora. Nuria la hizo sentarse a su lado mientras le pedía que aplicara a su discurso el orden que ella les había enseñado en sus clases.

- Ese sobre me lo ha hecho llegar un hombre que conocí cuando era niña, una especie de tío mío muy lejano. Creo que estaba casado con una prima segunda de mi madre, pero no estoy muy segura de que ése fuera exactamente el parentesco.

- ¿Por qué hablas en pasado?

- Es probable que ya esté muerto.

- ¿No lo sabes?

- Era un personaje bastante raro, continuó Vanesa ignorando la pregunta de Nuria. Me contaron que había estado en la cárcel por motivos políticos y cambiaba de trabajo constantemente, a cuál de ellos más extraño, pero yo estaba loca por él. Me hablaba de manera distinta que los demás y me contaba cosas que nunca había escuchado en casa. Desaparecía durante largas temporadas, pero sus reapariciones siempre tenían algo de mágico. Me tropezaba con él como si en todo momento hubiera sabido dónde estaba yo.

- ¿Cuándo dejaste de verle?

- Nunca he dejado de verle, pero conforme fui creciendo nuestros encuentros se espaciaron cada vez más. El continuaba diciendo que yo era diferente a los demás, pero la magia se fue disolviendo con los años.

- ¿Eras diferente?

- Nunca he querido ser diferente, la Vanesa que ese hombre pretendía conocer no se correspondía conmigo. Cuando me llamó esta última vez, ya hacía años que no le veía. Acudí a la cita movida más por la piedad que por el deseo, pero él no vino. Me había dejado esa carta. Cuando la abrí pensé que se traba de una de sus extravagancias y no le hice ningún caso...

Nuria hizo ademán de coger el sobre, pero Vanesa le pidió que no lo hiciera antes de que ella se hubiera marchado.

- Esa misma noche, continuó Vanesa, me telefoneó de nuevo para decirme que ya no volveríamos a vernos nunca. Ese sobre era la herencia que tenía para mí. Allí estaba todo lo que había aprendido y yo era la única persona que podría comprenderlo.

Vanesa miró fijamente a Nuria durante unos instantes.

- Se equivocaba por completo, ni siquiera tenía deseos de tratar de comprenderlo. Más tarde me enteré por mi madre de que llevaba tiempo desaparecido. Se le había diagnosticado una grave enfermedad y su vida tenía un plazo. Había escapado del hospital en el que estaba ingresado y no le habían vuelto a ver. Algunos ya le daban por muerto.

Cuando finalmente se quedó sola y pudo abrir el sobre que contenía las claves de una herencia que no iba dirigida a ella, Nuria sintió por unos momentos la decepción del que piensa haber sido víctima de una broma. Un folio doblado en cuatro partes que contenía una fotocopia de un mapa del país, en el que no aparecía el nombre de ninguna

población. Sobre esta fotocopia alguien había ido colocando cruces, hasta veinte, una de las cuales aparecía subrayada con una fecha. El contenido del sobre lo completaba el fragmento de una tarjeta desgarrada de manera que sólo incluyera una parte del anagrama y no pudiera revelar la identidad de su propietario, del mismo modo que resultaban inservibles las cifras que aparecían en la parte inferior, restos de un número de teléfono que había sido privado de sus significativas cifras iniciales.

Nuria trató de identificar el nombre de los pueblos a los que correspondían las cruces, pero muchas veces la marca se situaba en una imprecisa equidistancia entre dos localidades y resultaba difícil decidir cuál de ellas era la indicada. En los primeros días de sus vacaciones, Nuria visitó algunos de estos pueblos, decidida a encontrar algún signo que le permitiera avanzar en la comprensión del jeroglífico que había legado aquel hombre. Trató incluso de ponerse de nuevo en contacto con Vanesa, pero la joven no respondió a sus llamadas y Nuria comprendió que en adelante estaría sola con la herencia de un hombre al que ni siquiera conocía. El destino de esa herencia se encontraba, pues, en sus manos, ella decidía si la arrojaba al fuego, de modo que se perdiera para siempre, o si la perseguía, aunque fuera a riesgo de no encontrarla nunca.

Decidida a resolver el misterio que encerraba aquel sobre y tras varias visitas infructuosas a los lugares propuestos en el mapa, Nuria recurrió a un antiguo compañero de estudios cuya especialidad eran los modelos matemáticos y que apenas necesitó unos segundos para apuntar la dirección correcta en sus pesquisas.

- Se trata de un trayecto que comienza en el pueblo que tiene anotada una fecha. Desconocemos la dirección y también el lugar de destino. Sólo hay que encontrar la constante que nos permita pasar de un punto a otro. No creo que tarde en descubrirla. ¿De qué se trata?

- Es posible que sólo sea un juego.

A pesar de su optimismo, el compañero de Nuria tardó más tiempo del previsto en encontrar la clave que unía a aquellas marcas sobre el mapa y Nuria hubo de reprimir más de una vez los deseos de llamarle reclamando una respuesta. Algunas noches, presa de un insomnio que raras veces había conocido, Nuria creía ver como las cruces de aquel mapa dibujaban en la oscuridad de su dormitorio un pequeño firmamento que ella trataba de unir con una línea imaginaria. ¿Cuál era el elemento que proporcionaba un orden a aquellos puntos dispersos?

- Se trata de la lluvia.

Nuria miró con extrañeza a su antiguo compañero de estudios.

- ¿Qué pasa con la lluvia?

- Es la única constante que he podido encontrar para unir esas localidades.

El hombre señaló la marca en el mapa que indicaba el principio del camino.

- Ese día llovió en ese punto. Si anotamos junto a cada localidad los días de lluvia posteriores a esa fecha y establecemos como condición que avanzamos sin regresar nunca a un lugar en el que ya hemos estado, se dibuja un recorrido que, en algunos casos, resulta muy evidente.

Su interlocutor señaló otro de los puntos marcados en el mapa, mientras escribía a su lado una fecha.

- Éste por ejemplo. Durante esos días, la tormenta se desplazó rápidamente hacia el oeste, hacia estos otros puntos. Tan rápidamente que había que correr para alcanzarla.

Finalmente, el hombre señaló una de las marcas que se encontraban en la parte superior del mapa.

- Éste es el último punto. Estuvo varios días lloviendo en esa zona y cualquier localidad puede ser el siguiente destino, pero ya no quedan marcas en el mapa. ¿Vas a ir allí?

Durante las semanas siguientes, Nuria fue visitando las distintas localidades señaladas en el mapa. Impaciente por llegar al último destino, cada día aguardaba la aparición de la lluvia para emprender el viaje al siguiente punto. Sin embargo, en alguno de esos lugares, Nuria tuvo que esperar varios días hasta que las nubes cubrieran el cielo y desplegaran sobre la tierra su manto de melancolía y tristeza. Entonces recogía su escaso equipaje y aguardaba a que las primeras gotas se deslizaran por los cristales de la habitación, para atravesar la calle en busca de su coche mientras sentía romper sobre su cuerpo el agua que brotaba de ninguna parte. A lo largo de esos días y esas noches, Nuria trató de encontrar, sin conseguirlo, una clave que le permitiera descifrar la herencia que aquel hombre había escondido tras la lluvia. Una clave que ahora por fin tenía al alcance de su mano, en el interior del sobre que el hombre que atendía el mostrador había dejado sobre la madera gastada del mismo.

- Me dijo que te diera esto porque él no podía esperarte, pero de eso hace varios meses.

Nuria cogió el sobre y se retiró a una de las mesas que estaban alineadas junto a las ventanas. Aguardó unos segundos y después desgarró cuidadosamente la cubierta en busca de la herencia moral que aquel hombre había pretendido transmitir a la persona equivocada, pero al ver su contenido no pudo evitar unos instantes de desconcierto y decepción. En el sobre sólo había una hoja en blanco. ¿Era posible que a lo largo de toda su vida aquel hombre no hubiera logrado reunir nada que transmitir?

Entonces las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar. La herencia era el propio camino que había recorrido persiguiendo la lluvia. La balanza de la vida se

decidía, según aquel hombre, en el camino que cada uno decide recorrer. Se puede elegir un camino sin sorpresas, siguiendo la senda de los otros y malogrando las opciones que se nos regalan al nacer, o un camino en busca de una quimera que, como la lluvia, nunca se podrá atrapar. Nuria sintió entonces la compañía de todos los que intentaron alcanzar sus sueños y que ahora ya no estaban sobre la tierra. De aquéllos de cuyos afanes sabía por los libros y de aquéllos que libraron la batalla en el anonimato. Nuria se dirigió de nuevo al mostrador.

- ¿Sabe adónde fue el hombre que le dejó este sobre?

- No me lo dijo. En realidad su partida fue muy extraña, no subió al único autobús que sale diariamente del pueblo y no traía vehículo. Tal vez alguien vino a recogerle.

Nuria sabía que nadie había ido a buscar a aquel hombre.

- ¿Dónde está la lluvia?

- ¿Qué quiere decir?, preguntó sinceramente extrañado el hombre que atendía el mostrador.

- ¿Dónde la esconden?

- Bueno, respondió el hombre pretendiendo salir de aquella incómoda situación, en las montañas que hay a la salida del pueblo siempre llueve, al menos eso dicen.

Nuria se giró en dirección a las ventanas y contempló las montañas que se recortaban en el horizonte. Allí estaba el hombre que había estado siguiendo.

- ¿Tiene una habitación?, preguntó Nuria.

A la mañana siguiente, Nuria se vistió con las prendas de montaña que había comprado la tarde anterior y salió del hotel muy temprano. Tan pronto como los

primeros rayos de sol iluminaron un cielo completamente limpio. Un cielo sin rastro de ninguna nube que, sin embargo, no consiguió desanimarla ya que sabía que ese día tenía una cita con la lluvia en las montañas. La ascensión le costó varias horas, pues, si bien no presentaba especial dificultad, su forma física dejaba bastante que desear y necesitaba detenerse frecuentemente para recuperar el aliento. Cuando coronó la última cresta y ante sus ojos apareció un valle rematado por oscuras formaciones boscosas, Nuria observó como las nubes comenzaban a surgir en el horizonte. Había llegado al final del camino y se sentó sobre la hierba dispuesta a esperar que la tormenta terminara de formarse en el cielo. Ante ella, una barrera de árboles centenarios advertía que tras ellos se abría un bosque que carecía de final. En algún lugar de ese bosque yacería el cuerpo de aquel hombre, desapareciendo lentamente sobre la tierra y ajeno para siempre al hecho de que alguien, aunque no fuera la persona que él había elegido, había recogido finalmente su herencia. Entonces una gota de agua cayó sobre el rostro de Nuria y resbaló por su mejilla.

Nuria se puso en pie y levantó su rostro para sentir las gotas de lluvia que lentamente se multiplicaban en el cielo. La misma lluvia que abría las puertas de la vida en la tierra que se encontraba a sus pies, la misma lluvia que ayudaba a disolver el cuerpo sin vida del hombre cuya herencia había recibido.